

CAPÍTULO XXIV

CAMINO Á MORELOS—ASPEREZA DEL SUELO—LA ENORME ESPIGA DEL AMOLE—VEGETACIÓN SUBTROPICAL DEL NOROESTE DE MÉXICO—HORMIGAS DESTRUCTORAS—EL ÚLTIMO DE LOS TUBARES—CABALGATA ESPECTRAL—REGRESO Á LOS ESTADOS UNIDOS—ESPANTOSA TORMENTA—ZAPE—ANTIGÜEDADES—ENTIERRO DE “UN ÁNGEL”—RECUERDOS DE TIEMPOS TERRIBLES—LA GRAN REVOLUCIÓN TEPEHUANA DE 1616—LAS FÉRTILES LLANURAS DE DURANGO.

HABIENDO, por fin, conseguido gente, proseguí mi viaje rumbo al noroeste, por terreno muy accidentado hacia la ciudad de Morelos, casi enteramente habitada por tarahumares paganos. No había, por supuesto, más caminos que los trayectos de indios, y aun éstos eran en ciertos lugares extremadamente peligrosos para viajar con bestias de carga. Durante el mes de mayo, las barrancas son intolerablemente cálidas y era un consuelo ascender de vez en cuando á las fajas de terreno alto que atraviesan la región formando campiñas. En las grandes alturas noté gran cantidad de helechos, entre cuyos claros siembran maíz los indios, poniendo simplemente los granos en la tierra rojiza, sin roturarla para nada.

Más abajo había grandes grupos de higueras cuyas hojas alcanzan á veces diez pulgadas de largas por una anchura casi igual, y sirven frecuentemente á los indios para improvisar vasos.

En las cumbres de las barrancas y sobre las laderas por donde bajábamos á los valles, se podía observar una multitud asombrosa de parásitas y epífitas, especialmente sobre los pinos y encinas. Los manchones amarillos que forman en las ramas de las encinas, casi dan á todo el

ESPIGA GIGANTESCA

427

bosque el tono dominante de ese color. Al pie de las colinas, vi una especie de planta parásita cuyas rectas y flexibles ramas, de color verde oscuro, cuelgan en haces de más de veinte pies de longitud. Algunas epífitas que la mayor parte del año parecen al observador casual como otros tantos mechones de heno sobre las ramas, producen flores extremadamente bellas en ciertas estaciones.

En las cañadas de los declives occidentales de la sierra no ofrece el paisaje ninguna exuberancia tropical ni particularidad romántica que impresione el ánimo por la acumulación de montañas ó la amplitud de las pendientes. La yerba



Salvia elegans, var.
sonorensis.

es bastante abundante entre las piedras y las rocas, y los grupos de árboles verdes y frescos indican los lugares en donde hay terrenos húmedos y puede encontrarse agua. La región es seca y no llueve desde enero hasta junio. Hay con todo un aloe, que huele como á jamón, tan lleno de jugo que gotean sus hojas cuando uno las quiebra. Aquella es también la tierra de los agaves, y nada he conocido más sorprendente como la gigantesca espiga de flores que se yergue de la planta, relativamente pequeña, llamada amole. Un hermoso día de mayo medí una que, aunque no era por cierto la mayor que podía encontrarse, tenía, sin el bulbo, 15 pies y 8 pulgadas de altura, y 31 pulgadas de circunferencia en su parte más gruesa. Daba lástima cortar tan magnífica espiga, pero queriendo saber el nú-

mero de sus flores, pedíle que la cortara á uno de mis hombres quien de dos hachazos la hizo caer. Habiendo contado las flores que tenía en una sección, calculé que toda contendría, por lo menos, 20,000 lindas flores amarillas, cada una del tamaño de un tulipán. Fueron necesarios para cargar el cogollo dos hombres, que caminaban seguidos de una multitud de chuparrosas, pues las avecillas continuaban picoteando sin miedo las flores de lo que evidentemente consideraban jardín de su propiedad particular, y de hecho hubieran tenido que volar varias millas á la redonda



Una espiga de amole.

para encontrar otro igual. El pedúnculo del maguey se come antes de que florezca. Tiene la apariencia de un grueso bambú, y asado en rescoldo es muy tierno, dulce y sabroso.

Abajo del pueblo indio de Coloradas se encuentra un pico aislado, de una altura de cuatrocientos á quinientos pies, respecto del cual tienen los tarahumares la leyenda siguiente: Un tepehuán cortó una vez juncos y tabaco á la orilla del río, y habiéndolo perseguido los tubares, se convirtió en aquella roca, en la que aun puede distinguirse su ceñidor.

En el pueblo me pidió mi intérprete el forro de un ejemplar del *Truth* de Londres y la cubierta de mis placas fotográficas para adornar el altar de adobe de la iglesia.

La región que se extiende al norte y oriente de Morelos está muy escasamente poblada, y se dificulta visitar á los indios por ahí regados, debido á lo empinado de las pendientes. Cuando estuve allí, no tenían aquellos absolutamente nada que vendernos, sino tallos dulces de mezcal. Á fines de mayo llegué á Morelos, antiguo mineral situado como á 1,800 pies sobre el nivel del mar.

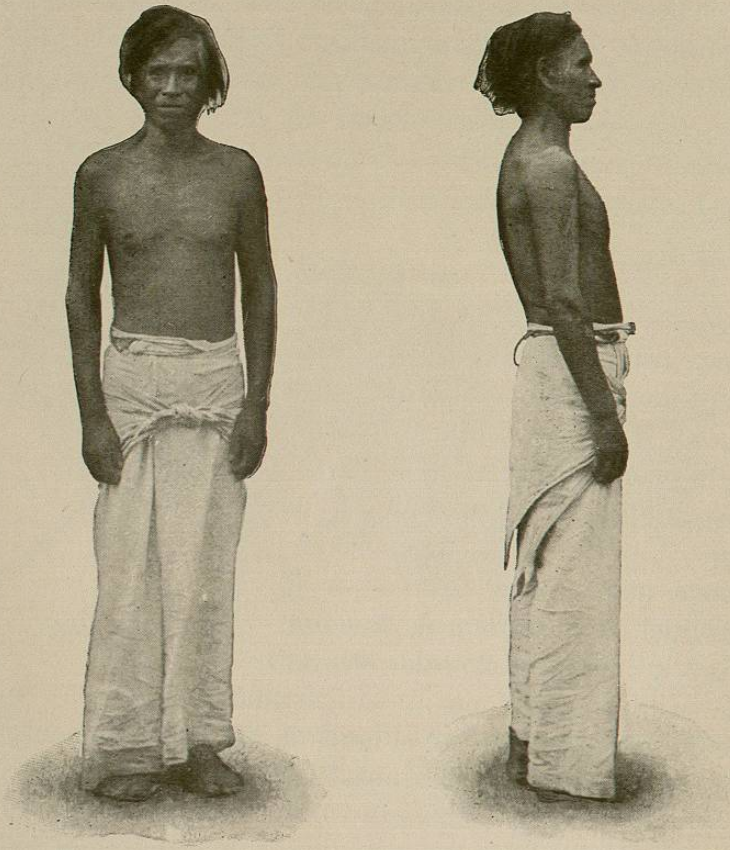
Los cerros y montañas del alrededor estaban cubiertos de la característica vegetación mexicana propia de las regiones cálidas. Los muchos cactus contrastan grandemente con las claras y pinatífidas hojas de las acacias, sofronias y otras abundantes leguminosas. Donde quiera se ve el *chilicote* ó árbol del coral (*erythraea*), de flores rojas, y también el palo blanco,



Cereus cespitosus.

con su tronco semejante al del manzano. El año de 1893 fue excesivamente seco en el norte de México. Mis mulas, obligadas á caminar bajo un sol abrasador, no tenían á veces que beber en veinticuatro horas. En aquellas ardorosas barrancas no vi, con todo, diferencia en la vegetación, pues árboles y plantas parecían poder existir con lluvia ó sin ella. La única excepción que noté fue que las pencas del nopal estaban algo arrugadas, pero en su interior parecían tan carnosas y llenas de jugo como siempre. Aun durante la estación más seca, florecen y dan fruto los árboles y arbustos que hay ahí, y tardes y mañanas se siente saturado el aire con el perfume de las acacias, cactus, y

otras plantas. No puede uno comprender como subsiste el ganado en aquellos matorrales, pero sin duda se han adaptado á las circunstancias, y se comen tan bien las hojas de los cactus y toda la planta, que los mexicanos no pueden utilizar los intestinos de los animales por las muchas espinas



Frente.

Indio tubar.

Perfil.

con que se los llenan. El frugal indio es el único que no los desecha, pero procura que se quemem las espinas más grandes cuando pone á tostar las tripas en el rescoldo.

Cerca de Morelos hay ruinas antiguas de algunas casas redondas y de otras cuadradas, así como huellas de fortifi-

caciones circulares construídas con piedras sueltas. Varias de las últimas tenían de diecisiete á veinte varas de diámetro, y estaban situadas en los filos de la montaña. Tales ruinas se atribuyen á los cocoyones.

Á menudo se observa la falta de fundamento que tiene la idea generalmente aceptada de que todo se puede cul-



India tubar.

tivar con facilidad en las latitudes meridionales. Á veces llueve demasiado, y otras, no lo bastante. Los peores enemigos del desarrollo de las plantas en la tierra caliente son las plagas de insectos. Una noche me enseñó la persona que me daba alojamiento, llamada don Manuel Pérez, los enemigos que tenía que poner á raya para conservar

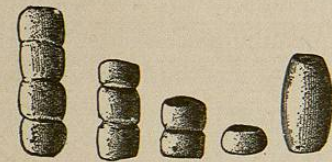
su jardín. Ciertas clases de hormigas muerden las flores y las hojas, y las acarrearán á pedazos por lo que las llaman *arrieras*. Dichos insectos salen de noche, y pueden despojar de hojas y fruta á un árbol entero antes de que amanezca. Causaba admiración ver el oscuro tronco de un saúco vestido de verde por la multitud de briznas, como de media pulgada de grandes, que se llevaban los ejércitos de hormigas. Noche con noche tenía que salir un hombre á quemarlas con una raja de ocote.

Consintieron algunos indios tubares en ir á Morelos para dejarse medir y fotografiar por mí. Los pocos representantes de la tribu que vi, tenían buena figura y manos y pies pequeños. Mostrábanse vergonzosos, pero revelaban ser placenteros y de buen corazón, y se asemejaban en su aspecto á los tarahumares. Se les encuentra desde el pueblo de San Andrés, á tres millas de Morelos, hasta el de los tubares. Según la tradición, se extendía antiguamente su dominio mucho más arriba y sobre ambas márgenes del río, hasta donde está ahora Baborigame; pero se les redujo gradualmente á la localidad en que residen hoy los restos de la tribu. Dícese que eran valientes y que sostenían constantes luchas contra los tarahumares. No quedan ya arriba de dos docenas de tubares legítimos, y sólo cinco ó seis de ellos saben su propia lengua, que tiene relación con el náhuatl. El nombre de la tribu, según ellos lo pronuncian, es *tuhualim*.

La mayor parte de los tubares se encuentra en el pueblo de San Miguel, á diecisiete millas de Morelos, río abajo. Díjome una vieja que no sabía qué hubieran hecho los tubares para ir desapareciendo del mundo. Los pocos que quedan son parientes y los jóvenes se casan con mexicanas y viceversa. Sus costumbres evidentemente se parecían mucho á las de sus vecinos los tarahumares que, hasta época muy reciente, los invitaban á sus fiestas. Los tubares bailaban *yohe*, y acompañaban sus cantos al bailar

con golpes producidos con dos tabletas semejantes á machetes. No hacían uso del jículi. En la sacristía de la iglesia que está en el antiguo pueblo tubar de San Andrés, encontré una completa provisión de jarros, cucharas, etc., para tesgüino, vueltas las vasijas boca abajo y listas para el uso. Á los santos debe también dárselos tesgüino, porque son golosos y exigentes, y es fuerza tenerlos propicios. Se asegura que los tubares usaban fajas blancas.

Mr. Hartman, á quien dejé en San Miguel terminando algunas exploraciones, regresó pocas semanas después á los Estados Unidos. En las pequeñas mesas próximas á San Miguel, á doscientos pies ó más sobre el río, encontró interesantes sepulturas antiguas, conocidas por los habitantes con el nombre de *bóvedas*. Se reconocía la presencia de una tumba por un circuito de piedras de tres á cinco pies de diámetro colocado en la superficie, y había grupos de diez ó doce circuitos sobre sepulcros encontrados á cinco ó seis pies. Consistían en pequeñas cámaras cavadas en el suelo arcilloso, bastante bien conservadas á pesar de no tener obra de mampostería. Aun ocurrió una vez que se hundiera en la cavidad subterránea el yugo de unos bueyes que iban arando. La entrada se encuentra en uno de los costados, donde una gran losa, colocada al sesgo, resguarda el interior. Nada se descubrió en las cuatro tumbas que se abrieron, á no ser algunas cuentas de color de pizarra hechas de barro cocido. Sin embargo, la gente del lugar aseguraba haber encontrado en las bóvedas piezas de alfarería. La falta de esqueletos se debía, sin duda,



Cuentas de barro cocido, de tamaño natural, encontradas en sepulcros tubares.

únicamente al largo trascurso del tiempo, pues aun en el cementerio de la iglesia encontró Mr. Hartman sepulcros análogos con varios esqueletos. Asimismo estaban señala-